



RUBÉN DARÍO

SU PERSONALIDAD LITERARIA — SU ÚLTIMA OBRA.

Á Samuel Blixén.

— *No es el poeta de América*, oí decir una vez que la corriente de una animada conversación literaria se detuvo en el nombre del autor de *Prosas profanas* y de *Azul*. Tales palabras tenían un sentido de reproche; pero aunque los pareceres sobre el juicio que se deducía de esa negación fueron distintos, el asentimiento para la negación en sí fué casi unánime. Indudablemente, Rubén Darío no es el poeta de América.

¿Necesitaré decir que no es para señalar en ello una condición de inferioridad literaria, como hago mías las palabras del recuerdo?... Me parece muy justo deplorar que las condiciones de una época de formación, que no tiene lo poético de las edades primitivas ni lo poético de las edades refinadas, posterguen indefinidamente en América la posibilidad de un arte en verdad libre y autónomo. Pero así como me parecería insensato tratar de suplirlo con la mezquina originalidad que se obtiene al precio de la intolerancia y la incomunicación, creo pueril que nos obstinemos en fingir contentos de opulencia donde sólo puede vivirse intelectual-

mente de prestado. Confesémoslo : nuestra América actual es, para el Arte, un suelo bien poco generoso. Para obtener poesía, de las formas, cada vez más vagas é inexpresivas de su sociabilidad, es ineficaz el reflejo; sería necesaria la refracción en un cerebro de iluminado, la refracción en el cerebro de Walt Whitman. — Quedan, es cierto, nuestra Naturaleza soberbia, y las originalidades que se refugian, progresivamente estrechadas, en la vida de los campos. — Fuera de esos dos motivos de inspiración, los poetas que quieran expresar, en forma universalmente inteligible para las almas superiores, modos de pensar y sentir enteramente cultos y *humanos*, deben renunciar á un verdadero sello de americanismo original.

Cabe, en ese mismo género de poesía, cierta impresión de americanismo en los accesorios; pero, aun en los accesorios, dudo que nos pertenezca colectivamente el sutil y delicado artista de que hablo. Ignoro si algún espíritu zahorí podría descubrir, en tal cual composición de Rubén Darío, una nota fugaz, un instantáneo reflejo, un sordo rumor, por los que se reconociera en el poeta al americano de las cálidas latitudes, y aun al sucesor de los misteriosos artistas de Utatlán y Palenke; como, en sentir de Taine, se reconoce — comprobándose la persistencia del antiguo fondo de una raza, — al nieto de Nestor y de Ulises en los teólogos disputadores del Bajo Imperio. Por mi parte, renuncio á tan aventurados motivos de investigación, y me limito á reiterar mi creencia de que, ni para el mismo Taine, ni para Buckle, sería un hallazgo feliz el de tal personalidad en ambiente semejante.

Su poesía llega al oído de los más como los cantos de un rito no entendido. Su « alcázar interior » — ése de que él nos habla con frecuencia — permanece amorosamente protegido por la soledad frente á la vida mercantil y tumultuosa de nuestras sociedades, y sólo se abre al *sésamo* de los que piensan y de los que sueñan... Tal, en la antigüedad, la granja del Tibur, el retiro de Andes ó Tarento, la estancia sabina; todos los seguros de aquel grupo de helenizados espíritus que, con el pensamiento suspenso de las manos de Atenas y sin mezclarse á la avasalladora prosa de la vida

exterior, formaron como una gota de aceite ático en las revueltas aguas de la onda romana.

Aparte de lo que la elección de sus asuntos, el personalismo nada expansivo de su poesía, su manifiesta aversión á las ideas é instituciones circunstantes, pueden contribuir á explicar el anti-americanismo involuntario del poeta, bastaría la propia índole de su talento para darle un significado de excepción y singularidad. Hay una línea que, como la que separa de lo azul la franja irisada del crepúsculo, separa en poesía americana el imperio de los colores francos y uniformes, — oro y púrpura, como en Andrade; plata y celeste, como en Guido, — del *sens des nuances* de Rubén. Habíamos tenido en América poetas buenos, y poetas inspirados, y poetas vigorosos; pero no habíamos tenido en América un gran poeta exquisito. Joya es ésa de estufa; vegetación extraña y mimosa que mal podía obtenerse de la explosión vernal de savia salvaje en que ha desbordado hasta ahora la juvenil vitalidad del pensamiento americano; algunas veces encauzada en toscos y robustos troncos que durarán como las formas brutales, pero dominadoras, de nuestra naturaleza, y otras muchas veces difusa en gárrulas lianas, cuyos despojos enriquecen al suelo de tierra vegetal, útil á las florescencias del futuro.

Agreguemos, incidentalmente, que tampoco es fruto fácil de hallar, dentro de la moderna literatura española, el de la exquisitez literaria; entendiendo por tal la selección y la delicadeza que se obtienen á favor de un procedimiento refinado y consciente; no lo « delicado » sentimental é instintivo de las *Rimas*. Suele tener aquella condición la prosa de don Juan Valera, por ejemplo; pero es indudable que, ni la genialidad tradicional de la raza, ni mucho menos las actuales influencias del medio sobre la producción, conspiran á favorecer, en el solar de nuestra lengua, tal modalidad de la belleza y del arte. En cuanto á América, la espontaneidad voluntariosa é inconsulta, reñida con todo divino ensueño de perfección, ha sido cosa tan natural en la obra de su pensamiento, como las improvisaciones agitadas en su obra de organización y de desarrollo material. Preferida escuela de sus poetas (como de sus repúblicas!) ha sido

hasta hoy la que, con intraducible modo de decir, llamarían en Francia *l'école buissonnière* de la poesía y la política. Por otra parte, los románticos pusieron excesivamente en boga entre nosotros las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía demasiada realidad al mito del « numen ». Se creía con una candorosa buena fe en la inspiración que descende, á modo de relámpago, de los cielos abiertos; se tenían para cualquier severa disciplina los rencores del escolar para el latín; se iba á pasear á los prados y los bosques y, como Mathurin Regnier, se « cazaban los versos con reclamo. »

Además, toda manifestación de poesía ha sido más ó menos subyugada en América por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción. El arte no ha sido, por lo general, sino la forma más remontada de la propaganda; y poesía que lucha no puede ser poesía que cincela. Este *utilitarismo* batallador que, bien ó mal depurado de la inevitable escoria prosaica, aparece en casi todas las páginas de nuestra Antología, basta para que resalte con un enérgico relieve de originalidad la obra, enteramente desinteresada y libre, del autor de *Azul*. No cabe imaginar una individualidad literaria más ajena que ésta á todo sentimiento de solidaridad social y á todo interés por lo que pasa en torno suyo. Se diría que es *lo menos Béranger* que puede ser un poeta; lo que, en sentir de algunos, equivaldría á decir que es todo lo poeta que puede ser un mortal. Alguna vez tuvo su musa la debilidad de cantar combates y victorias; pero la creo convencida de que, como en la frente de la Herminia del Tasso, el casco de guerra sienta mal sobre su frente, hecha para orlarse de rosas y de mirtos. Heredia, Olmedo, Andrade, dibujan, más ó menos conscientemente, en derredor de sus versos, el circuito de un Forum, las gradas que se dominan desde una tribuna; en tanto que la de Rubén Darío es una mente de poeta que tendría su medio natural en un palacio de príncipes espirituales y conversadores. Yo no le creo incapaz de predicar la buena nueva; pero afirmo que, para hacerle maestro de la verdad, sería necesario prepararle una decoración renovada de los más bellos pasajes del Genezareth de idilio, de Renán;

vestir al apóstol con túnica de oro y de seda; ungir de nardo su cabeza y sus hombros.... y todavía, conseguir del Enemigo Malo que las prostitutas y los publicanos fuesen gentes delicadamente perversas, sin ninguna emanación de vulgaridad.

Cierta referencia del mismo autor de *La Abadesa de Jouarre*, que glosaremos con una frase de Bacón, nos dará de antemano la síntesis de nuestro estudio de la personalidad y las ideas del poeta. « La verdad de los dioses debe inferirse únicamente por la belleza de los templos que se les han levantado, » le decía á Renán un artista amigo. « No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones, » afirmaba el genial y abyecto Canciller. — Todo Rubén Darío está en la doctrina que puede deducirse lógicamente de esos dos postulados. — El Dios bueno es adorable porque es hermoso; y será la más verdadera aquella religión que nos lo haga imaginar más hermoso que las otras.... y un poco raro además. — *Le rare est le bon*, dijo el maestro. — Satán es digno de ser ponderado en letanías siempre que se encarne en formas que tengan la selección de Alcibíades, los fulgores de Apolo, la impavidez de Don Juan, la espiritualidad de Mercurio, la belleza de París. En cuanto á las cosas de la tierra, ellas sólo ofrecen, para nuestro artista, un interés *reflejo* que adquieren de su paso por la Hermosura, y que se desvanece apenas han pasado. Frente á la realidad positiva, á las que el Evangelio llama *disputas de los hombres*, á todo lo oscuro y lo pesado de la agitación humana, su actitud es un estupor exotérico ó un silencio desdeñoso. Nada sino el arte. Y como el arte significa esencialmente la Apariencia divinizada, y pone en las cabezas el mareo fácil de la alondra para ir hacia « todo lo que luce y hace ruido », prefiere un rey á un presidente de república, — y á Washington, *Halagabal*. Se reina bien cuando se reina de manera adecuada para proporcionar á una reducida porción de hombres elegidos las más frecuentes é intensas sensaciones de felicidad y de belleza. La acción vale como parodia del ensueño. El grande hombre de acción sería el absoluto y todopoderoso monarca que, considerando la sociedad como el mármol donde él estaría obligado á cincelar una estatua

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

á un tiempo enorme y exquisita, la recortara, la trozase despiadadamente, para organizarla con arreglo á una suprema idea de originalidad novelesca y de magnificencia exterior.

Nada sino el arte, repito. Su « naturaleza literaria » vibra entera en esa palabra. Su talento la lleva por signo lo mismo en la faz que mira al Capitolio que en la que mira á la Tarpeya : en la de los aciertos y en la de las culpas. Imaginad su mundo íntimo como un horizonte avasallado por una cumbre solitaria, donde la Belleza hace llegar sus rayos de cerca y donde el amor de la Belleza se levanta poderoso, altivo, vencedor. Todo lo demás de la realidad y de la idea queda en el fondo oscuro del valle.... Las cosas sólo salen de la oscuridad de la indiferencia cuando un rayo de aquel amor las ilumina. Y del imperio de ese sentimiento único, — receloso tirano de su reino interior, — ha nacido esta organización de poeta, verdaderamente extraña y escogida, como nace, de la cristalización del carbono puro, la piedra incomparable.

Los que, ante todo, buscáis en la palabra de los versos, la realidad del mito del pelicano, la ingenuidad de la confesión, el abandono generoso y veraz de un alma que se os entrega toda entera, renunciad por ahora á cosechar estrofas que sangren como arrancadas á entrañas palpitantes. Nunca el áspero grito de la pasión devoradora é intensa se abre paso al través de los versos de este artista poéticamente calculador, del que se diría que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia. También sobre la expresión del sentimiento personal triunfa la preocupación suprema del arte, que subyuga á ese sentimiento y lo limita; y se prefiere, — antes que los arrebatados ímpetus de la pasión, antes que las actitudes trágicas, antes que los movimientos que desordenan en la línea la esbelta y pura limpidez, — los mórbidos é indolentes escorzos, las serenidades ideales, las languideces pensativas, todo lo que hace que la túnica del actor pueda caer constantemente, sobre su cuerpo flexible, en pliegues llenos de gracia.

Y ese mismo amaneramiento *voulu* de selección y de medida que le caracteriza en el sentimiento, le domina tam-

bién en la descripción. Está lleno de imágenes, pero todas ellas son tomadas á un mundo donde genios celosos niegan la entrada á toda realidad que no se haya bañado en veinte aguas purificadoras. Porque Rubén Darío sería absolutamente incapaz de extraer poesía de las excursiones en que el pie felino de la musa de Beaudelaire hollaba, con cierta morbosa delectación, el cieno de los barrios inmundos, y en que ella desplegaba sus alas de murciélago para remover la impureza de las nieblas plomizas. Ve intensamente, pero no ve sino ciertos delicados aspectos del mundo material. La intensidad de su visión se reserva para las cosas hermosas. Cierra los ojos á la impresión de lo vulgar. Lleva constantemente á la descripción el amor de la suntuosidad, de la elegancia, del deleite, de la exterioridad graciosa y escogida. Su taller opulento no da entrada sino á los materiales de que, si fuese suya la lámpara de Aladino, habría de rodearse en la realidad. Oro, mármol y púrpura, para construir, bajo la advocación de Scheherazada, salones encantados. Todas las formas que ha fijado en el verso revelan ese mismo culto de la plasticidad triunfal, deslumbradora, que se armoniza en él con el de la espiritualidad selecta y centelleante. El *instinto del lujo*, — del lujo material y el del espíritu, — la adoración de la apariencia pulcra y hermosa, con cierta indolente *non curanza* del sentido moral.

Tal inclinación, entre epicúrea y platónica, á lo Renacimiento florentino, no sería encomiable como modelo de una escuela, pero es perfectamente tolerable como signo de una elegida individualidad. De ese modo de ver no nacerán en el arte literario, las obras arquitecturales é imponentes (y desde luego, es indudable que no nacerán poemas cosmogónicos, ni romances sibilinos, ni dramas cejjuntos); pero nacen versos preciosos; versos de una distinción impecable y gentilicia, de un incomparable refinamiento de expresión; versos que parecen brindados, á quien los lee, sobre la espuma que rebosa de un vino de oro en un cristal de bacarat, ó en la perfumada cavidad de un guante cuando apenas se lo ha quitado una mano principesca.... Todas las selecciones importan una limitación, un *empequeñecimiento* extensivo; y no hay duda de que el refinamiento de la poesía

del autor de *Azul* la *empequeñece* del punto de vista del contenido humano y de la universalidad. No será nunca un poeta popular, un poeta aclamado *en medio de la vía*. Él lo sabe, y me figuro que no le inquieta gran cosa. Dada su manera, el papel de *representante de multitudes* debe repugnarle tanto como al poeta de las *Flores del mal*, que, con una disculpable petulancia, se jactaba de no ser lo suficientemente *bête* para merecer el sufragio de las mayorías... Lejos del vano estrépito del circo; en la « sede del arte severo y del silencio, » como él gusta decir evocando la grave frase d'annunziana, pule, cincela, á modo de « un buen monje artifice, » y consulta á los « habitantes de su reino interior. » — Recuerdo á este propósito que uno de los personajes de *L'Immortel* de Daudet, plantea esta cuestión interesante : — Si acaso Robinson hubiera sido artista, poeta, escritor, hubiera continuado siéndolo en la soledad, hubiera producido? » He ahí una duda que, para los artistas de la raza del nuestro, apenas admite explicación. En el individualismo soberbio de este poeta — aunque prive á su poesía de la amplitud humana y generosa que realza á la de los que cantan con vocación y majestad de hierofantes — hay un fondo legítimo que ningún alma dotada de « entendimiento de hermosura » será osada á negar. Cierto : la Belleza soñada es, de todas las cosas del mundo, la que mejor justifica los individualismos huraños y rebeldes; es un santo horror el que tiene el artista á la tiranía de los más, al pensamiento vestido con librea de uniforme; el arte y la multitud están hechos de distinta substancia. El arte es cosa leve y Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el arte y amarle cristianamente en la realidad. Rubén Darío no le ama ni en la realidad ni en el arte. Sé que no se indignará conmigo si atribuyéndole un sibaritismo de corazón que haría rugir á Edmundo Schérer, cuyas invectivas contra Gautier acabo de dejar de las manos, me creo autorizado á pensar que, como el personaje de *Mademoiselle Maupin*, sólo se siente inclinado á dar limosna cuando la sordidez y los andrajos tienen aspecto de cuadro de Ribera ó de Goya!...

Todas las predilecciones que revelan sus versos: todo

ese grupo favorito de imágenes, de reminiscencias, de nombres, que forman un característico *corso e ricorso* al rededor de la obra de cada artista, responden en el nuestro al mismo delicado instinto de selección. La Grecia clásica y la Francia de Luis XV le darán, alternativamente, objetos para sus decoraciones; símbolos todas de una organización espiritual que huye lo ordinario como el armiño lo impuro. Ama prodigar la seda, el oro, el mármol, como términos de comparación. Aún más que la rosa purpurada « en sangre pecadora », es el lirio heráldico y beato la flor con que nos encontraremos al leerle. Y si se nos preguntase por el sér animado en que debería simbolizarse el *genio familiar* de su poesía, sería necesario que citásemos, — no al león ni el águila que obsedian la imaginación de Víctor Hugo, ni siquiera al ruiseñor querido de Heine, — sino al cisne, el ave wagneriana: el blanco y delicado cisne que surge á cada instante, sobre la onda espumosa de sus versos, llamado por insistente evocación, y cuya imagen podría grabarse, el día que se blasonara la nobleza de los poetas, en uno de los cuarteles de su escudo, de la manera como se grabaría en el escudo poético de Poe el cuervo ominoso, y el gato pensativo y hierático en el blasón de Baudelaire.

Toda la complejidad de la psicología de este poeta puede reducirse á una suprema unidad, todas las antinomias de su mente se resuelven en una síntesis perfectamente lógica y clara, si se las mira á la luz de esta absoluta pasión por lo selecto y por lo hermoso, que es el único quicio inmovible en su espíritu. — No es el parnasianismo helado; pero es, en cierta manera, un parnasianismo extendido al mundo interior, y en el que las ideas y los sentimientos hacen el papel de lienzos y broncees. — Teófilo Gautier no tenía reparo en confesar que, consideradas las cosas poniéndose en el mirador del arte, le parecía preferible una magnífica pantera á un ser racional; lo que no impedía que el hombre pudiera hacerse superior á la pantera despojándola de su piel para recortarse una hermosa túnica. Hay en Rubén Darío la virtualidad de una estética semejante. El pensamiento malo que viene revestido con una pintada piel de pantera, vale más que el pensamiento bueno que viste de

librea ó con una corrección afectadamente vulgar. Pero se concede á los moralistas que si el buen pensamiento desnuda de su bizarra piel al animal feroz y se la pone regiamente sobre los hombros, valdrá más que el pensamiento malo.

Y ahora que he tratado de caracterizar á mi manera la genialidad del poeta, y he sintetizado todo lo dicho en ese ejemplo extremo, oigo que me pregunta una voz interior que se anticipa á muchas voces extrañas: ¿No crees tú que tal concepción de la poesía encierra un grave peligro, un peligro mortal, para esa arte divina, puesto que, á fin de hacerla *enfermar de selección*, le limita la luz, el aire, el jugo de la tierra? Seguramente, si todos los poetas fueran así. Pero acaso ¿no existiría un peligro igual para la armonía de la Naturaleza y para la sociedad de los hombres, si todas las plantas fueran orquídeas; diamantes y rubies todas las piedras; todas las aves cisnes ó faisanes; y todas las mujeres sirvieran para figurar en crónicas de Gyp y cuentos de Mendés!...

Para proseguir nuestra *esquisse* de la personalidad que estudiamos, de la manera más segura: teniendo ante los ojos el inequívoco trasunto de su obra, elegiremos de ella lo que nos parece más característico y de más alto valor. Es su última colección de versos la que representa — por así decirlo — la plena tensión del arco del poeta. El autor de *Azul* no es sino el boceto del autor de *PROSAS PROFANAS*.

Entiéndase que me refiero, exclusivamente, al poeta, en este parangón de los dos libros; no al prosista incomparable de *Azul*; no al inventor de aquellos cuentos que bien podemos calificar de revolucionarios, porque, en ellos, la urdimbre recia y tupida de nuestro idioma pierde toda su densidad tradicional, y — como sometida á la acción del trozo de vidrio que, según Barbey d'Aureville, servía para trocar los fracs de Jorge Brummell en gasas vaporosas, — adquiere la levedad evanescente del encaje.

Tomaremos, pues, la última colección del poeta por punto de partida. Los que conocéis de las nuevas tendencias literarias la parodia y de Rubén Darío la leyenda, podéis alejar

todo temor de que os juegue una mala pasada conduciéndoos al través de un libro sombrío, diabólico ó impuro. Es un libro casi optimista, — á condición de que no confundáis el optimismo poético con la alegría de Roger Bontemps. No encontraréis en él una sola gota del amargo ajeno verlainiano, porque el Verlaine que aparece no es el Verlaine que sabe la ciencia del dolor y el arrepentimiento; ni una onda sola del helado nepente de Leconte de Lisle; ni un solo pomo de la farmacia tóxica de Baudelaire. Encontraréis mucha claridad, mucho champagne y muchas rosas. No bien hacemos nuestra entrada en el libro, el poeta nos toma de la mano, como el genio de algún cuento oriental, para que retrocedamos con él á la vida de una época llena de amenidad y de gracia. Vamos en viaje al siglo XVIII francés. Cierta es que á mí, como á muchos de los que se decidan á seguirme, nos agrada de una manera mediana aquel ambiente en que la Naturaleza no era sino un inmenso madrigal; en que un erotismo rococó ocupaba el lugar de la pasión fuerte y fecunda; y en que cierta mitología de abanico hacía de Mercurio un mensajero de billetes galantes, y de Éolo un paje encargado de dar aire á las reinas, y de las butacas de salón los trípodes de Apolo. Pero no importa, por mi parte. Presumo tener, entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar en sus peregrinaciones á los poetas, á dondequiera que nos llame la irresponsable voluntariedad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad; pláceme tripular, por ejemplo, la nave horaciana que conduce á Atenas á Virgilio, antes de embarcarme en el bajel de Saint-Pol Roux ó en el raro yat de Mallarmé. ¿Qué mucho que no me intimide ahora la peregrinación á que convida este desterrado de los jardines de Versailles y los trianones cucos, aunque él no haya de llevarme precisamente á las regiones por que suspira mi alma cuando toma la actitud de Mignón? La hospitalidad de las Marquesas es, al fin y al cabo, una hospitalidad envidiable, y la presentación será hecha por un poeta de la corte!

Era un aire suave...., dice el título de estos primeros versos. Y además del *aire* efectivamente acariciador que simula en ellos el ritmo, ellos os halagarán los ojos con todos los primores de la línea y todas las delicadezas del color. Imaginaos un escenario que parezca compuesto con figuras de algún sutil miniaturista del siglo XVIII. Una noche de fiesta. Un menudo castillo de Le Nôtre, en el que lo exquisito de la decoración resalta sobre una Arcadia de parques. Los jardines, celados por estatuas de dioses humanizados y mundanos, no son sino salones. Los salones, traspasados por los dardos de oro de los candelabros, arden como pastillas de quemar que se consumen. Un mismo tono, delicado y altivo, femenino y alegre, de la Gracia, triunfa por todas partes, en el gusto de la ornamentación, en los tintes claros de las telas, en las alegorías pastorales de los tapices, en las curvas femeninas de las molduras.... Las Horas danzan festivas. Se está en el siglo del ingenio y la conversación ha desatado en leves bandadas sus trasgos y sus gnomos. Declaraciones, risas, suspiros. Pueblan el aire los pastores acicalados de Watteau, repartidos, en grupos que se eclipsan y reaparecen, en los planos de seda de los abanicos, que conversan en el lenguaje de las señas. Se oye la sinfonía de las telas lujosas. Tañe la seda su pifano insectil, el gro rezonga su voluptuosidad, los encajes tiemblan azorados.... Cruzan la sala las mujeres de Marivaux. Por allá pasa Sylvia, por allá Araminta, por allá Angélica y Hortensia. Los rostros, que semejan de estampas, y que parecen pedir, sobre las mejillas consteladas de lunares, la firma de Boucher, llevan, ellos también, esa nota de amaneramiento querido que surge en todas partes en el siglo de la artificialidad. El baile luego. Una orquesta de Italia deslíe en el aire la música de un repertorio voluptuoso. Los tacones de púrpura dibujan sobre la alfombra florida la Z del minué, ó se abandonan á la fugacidad de la gavota, ó hacen la rueda en la pavana. Oro, rosa, celeste, sobre los *paniers* de las danzantes y en los trajes de sus caballeros. Todo el ambiente es una caricia y todo lo que pasa parece salir de la aljaba de la voluptuosidad.

Tal amplifica mi fantasía, dócil á toda poética sugestión,

el fondo hechizado del cuadro en que la magia del poeta hace revivir á esa marquesa Eulalia que, colocada entre un abate madrigalista y un vizconde galante, reparte risas y desvíos con una malignidad encantadora. Un paje audaz, de los que pirateaban con la patente de corso de los reyes en los mares mundanos de la Regencia y de Luis XV, sabe el secreto que hará desvanecerse la risa de Eulalia, y la esperará, á la media noche, en una glorieta del jardín que duerme envuelta en sombras azules. Pero entre tanto, Eulalia ríe, ríe incansablemente; y mientras la graciosa Eco mezcla en la copa del aire las desgranadas perlas de su reír con las notas perdidas que endulzan las ondas mansas del viento, la fiesta, en torno, continúa; las Horas danzan festivas, como en la pintura matinal de Guido Reni....

¿Tocar así la obra del poeta, para describirla, como un cuadro, con arreglo á un procedimiento en que intervenga cierta actividad *refleja* de la imaginación, es un procedimiento legítimo de crítica? Sólo puede no serlo por la incapacidad de quien lo haga valer. — La composición es de un tono enteramente nuevo en nuestro idioma; porque el matiz de la Gracia que hay en ella, no tiene la correcta simplicidad de la elegancia clásica, ni la vivacidad del donaire puramente español, hecho de especias y de zumo de uva, que nuestro propio poeta ha cantado, con versos de gesticulaciones gitanas, en el *Elogio de la seguidilla*. Es la gracia Watteau, la gracia provocativa y sutil, incisiva y amanerada, de ese siglo XVIII francés, que los Goucourt, que tan profundamente la amaron y sintieron, llamaban « la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera. » La originalidad de la versificación concurre admirablemente al efecto de ese capricho delicioso. Nunca el compás del dodecasílabo, el metro venerable y pesado de las coplas de Juan de Mena, que los románticos rejuvenecieron en España, después de largo olvido, para conjuro de evocaciones legendarias, había sonado á nuestro oído de esta manera peculiar. El poeta le ha impreso un sello nuevo en su taller; lo ha hecho flexible, melodioso, lleno de gracia; y libertándole de la opresión de los tres acentos fijos é inmutables que lo sujetaban como hebillas de su traje de

hierro, le ha dado un aire de voluptuosidad y de molición por cuya virtud parecen trocarse en lazos las hebillas y el hierro en marfil. *Tienen su destino los metros!* podríamos exclamar, á este propósito, parodiando al anónimo poeta de la antigüedad. He aquí que el viejo ritmo del *Libro de las querellas* y de la *Danza de la muerte* ha doblado sus petrificadas rodillas de Campeador sobre el almohadón de rosas de la galantería!

El mismo cielo, azul y ópalo, de cuadro de Watteau, el de las verlenianas *Fêtes galantes*, se tiende sobre la *Divagación* que viene luego. El poeta, haciendo gala de un cosmopolitismo ideal, que liba voluptuosidades en la copa de todos los sibiritismos humanos para refundirlas en una suprema quintaesencia, declara que quiere dar á su amor todos los encantos y todos los colores propios del estilo de amar de cada raza. *Curioso mercadante* del verso, reúne en su tienda, para preparar un escenario nupcial, estatuas de Clodión y bandolines florentinos; copas para el vino teutón y copas para el vino de España; mil tesoros exóticos: tortugas y dragones chinoscos, y joyas de bayaderas de la India, y labrada plata del Japón. Quiere un amor que sea universo. Quiere que, en sucesivos avatares, su amada lo sea todo; desde la Diana de muslos de marfil que blanquea en el rincón de un parque de Luis XV, hasta la negra Sulamita del « Cántico »... Pero fijaos bien, y veréis cómo, por debajo de esta mutación superficial, ella sigue siendo siempre una francesa del siglo de *los duques-pastores*, una joven marquesa, una nieta mimada de Marivaux, como aquella deliciosa Eulalia que parece escapada de una página de los *Juegos del amor y el azar* ó de las *Falsas confidencias*. Ella sabe de Grecia por las Arcadias de aquel siglo; de Alemania por Gérard de Nerval; de España por Merimée; de Oriente por Loti... Hay en todas estas estrofas toques realmente incomparables; y se diría que el poeta, al mismo tiempo que hace la corte á su viajera, hace también la corte á todas las exquisiteces del decir y á todas las graciosas petulancias de la forma.

Pienso que la *Sonatina* que desgrana sus notas en la siguiente página, hallaría su comentario mejor en el acom-

pañamiento de una voz femenina que le prestara melodioso realce. El poeta mismo ha ahorrado á la crítica la tarea de clasificar esa composición, dándole un nombre que plenamente la caracteriza. Se cultiva — casi exclusivamente — en ella, la virtud musical de la palabra y del ritmo poético. Alados versos que desfilan como una mandolinata radiante de amor y juventud. Acaso la imagen, en ellos evocada, de la triste y soñadora princesa, se ha desvanecido en vosotros, cuando todavía os mece el eco interior con la repercusión puramente musical de las palabras, como el *aire* de un canto cuya letra habéis dejado de saber... Imagináis que os arrulla una *berceuse* muy suave, y que vuestra alma está en la cuna; imagináis que tenéis el alma en la epidermis y que unas manos de hada os la acarician; aquellas leves manos que dibujó una vez Régner, — inmunes de « haber hilado el lino de toda vil labor » y que sobre las fiebres en que se posaban « hacían nevar el celeste reposo de su frescura »... Una *berceuse*, nada más; pero ¿no vale y no se justifica así también la obra de los poetas? No ha mucho tiempo que estubo más de moda que hoy saludar á la poesía versificada con el melancólico adiós de cierta heroína del *Ricardo III* á la *reina de los tristes destinos*. Pero todavía escuchamos á menudo que, condenada á ser proscrita — en cuanto alada mensajera del pensamiento, y en cuanto arte descriptiva, — por otras formas más amplias de la expresión, lo está también á serlo de los dominios del sentimiento por la potencia infinita de la música, que es la única fuerza capaz de evocar y reunir soberanamente, en el concierto de la Naturaleza, las confidencias de todas las cosas que lloran y las confidencias de todas las cosas que rien... *Ceci tuera cela*. — Cuando lo oigo decir, *El Cuervo* de Poe, *El Lago* lamartiniano, — que son para mí los dos hitos terminales de la armonía verbal, — los sollozos rimados del *Souvenir* y de *Las Noches*, cien cosas más, aletean en mi memoria como pájaros amenazados de muerte... Y juro entonces que, por más que lo infinito se abra tras el horizonte revelado por la magia sublime de los Schumann y los Wagner, ella compartirá perpetuamente el imperio de las vibraciones sonoras con esta otra música que no precisa adherirse á cosas tangibles; la que nace